

Carlos Fuentes en el claustro de Bonnefont

(Notas de una entrevista no autorizada)

Jorge Ramón Zarco Laveaga

Como homenaje a los 80 años de Carlos Fuentes, el profesor Zarco Laveaga desarrolló un ciclo de conferencias en torno a la obra del escritor y novelista mexicano dentro del ciclo La Metro en el Metro en el pasaje Zócalo-Pino Suárez, bajo el patrocinio del programa de Comunicación de la Ciencia de la Coordinación General de Difusión de la UAM. El presente relato recupera el afortunado encuentro que el autor tuvo con Fuentes en la ciudad de Nueva York el pasado mes de junio de 2008, y permite que Casa del Tiempo se pueda sumar al reconocimiento mundial del autor de la región más transparente y de tantas más obras que enorgullecen a las letras mexicanas.

VIAJÉ A NUEVA YORK a principios de junio para hacer válida una de las membresías del Museo Metropolitano de Arte. El descanso me lo había ganado hace mucho tiempo; la membresía es un regalo de un amigo filántropo a quien aprecio mucho.

Extenuante traslado desde la ciudad de México para estar presente en una de las más importantes presentaciones de Carlos Fuentes en el *Met*. La invitación no dejaba duda: “to know their vision about the Bicentennial of the Independence of diverse countries in Latin America”.

Mientras llegaba la hora de ocupar un asiento en el auditorio del museo, decidí volver a uno de las áreas que me gustan más: los claustros y jardines del *Met*. Cuatro acres dedicados a arte y arquitectura medieval. Toda una experiencia que necesita de varios días para apenas conocerla.

En uno de los jardines, correspondiente al claustro de Bonnefont, los viejos árboles de membrillo sostienen los frutos que no son cosechados; se recogen cuando final-

mente caen. Cuidado y se te ocurra: ¡esta fruta es mía!, porque se acabó tu visita y a pagar la multa... y a la calle. Aquí siempre aparece un novato que cae. Y siempre hay un vigilante que te dice “*please, come with me*”.

En esta ocasión no había sido necesario, a pesar del grupo de estudiantes japoneses que todo-todo-todo lo registran en sus cámaras digitales, y que les da por tomar membrillos ajenos.

De repente, algo inesperado: me di cuenta en compañía de dos egipcios y un polaco que nos dejaban solos en el jardín y que no permitían el paso de quienes debían circular por ahí. Uno o ninguno está para sustos y menos si anda por Nueva York.

Intenté acercarme al personal de vigilancia para preguntarles qué pasaba. El polaco se puso nervioso y buscaba con su mirada quién o quiénes habían hecho algo ilegal. De lejos, nos hacían señas para que nos sentáramos... ¡ándas! como dice mi buen Javier Ortiz. Y ahora qué hice, qué hicieron (los egipcios o el polaco, pensé)... Me senté en unos de los pocos espacios a mi alcance... y esperé... A ver a quién se le ocurriría decirnos algo... Y nada. Nada... Y cuando menos lo pensé... ¡zas! El polaco se levantó y buscó salir del jardín... Y al hacerlo, choca con alguien que caminaba con mucha calma hacia donde nos encontrábamos...

Los egipcios balbucearon: ¡mister Fuentes!

Don Carlos, respondió inclinando levemente su cabeza... sonreía mientras contemplaba el jardín...

Ah qué mi paisano, adónde me lo fui a encontrar... ahora sé que compartimos gustos... Me armo de valor y ahí le voy... me acerqué para comentarle:

“Don Carlos, estoy llevando a cabo un ciclo de conferencias en conmemoración de sus 80 años de vida...”

—¿En verdad?, me respondió.

“Así es, don Carlos... por cierto aquí tengo un programa, véalo”... Lo revisó rápidamente...

—¿En el pasaje Zócalo-Pino Suárez?-sorprendido.

“Desde enero, don Carlos...”

—Gracias, me halaga.

—Dígame... (busca mi nombre en el programa) don Jorge, ¿cómo le va en las conferencias? ¿lo acompañan estudiantes?

“Ahí el detalle, don Carlos. Los asistentes son quienes por el Metro van o vienen... algunos ya saben del programa y no faltan...”

—¡Ah, qué bien!...Permítame preguntarle, ¿realizan alguna lectura?

“No, don Carlos. Les propongo algunas ideas que desde mi punto de vista pueden ser útiles para que ellos lean su obra.”

En eso, recibimos la luz del flash de la cámara fotográfica de uno de los egipcios.

—¿Sus amigos? , me pregunta.

“No. Así como usted... se me aparecieron...”

—Bueno, don Jorge. ¿Me va a acompañar a la conferencia?

“A eso vine”... le enseñé la membresía que guardaba en el interior de mi mochila-maleta-escritorio portátil-biblioteca.

—Falta casi una hora, ¿me acompaña?, señaló. Y empezó a caminar.

“Con gusto, pero con una condición... y antes de que dijera algo le indiqué: nada de autógrafos o fotografías, ¿eh?”



Arterias, acuarela sobre papel de algodón, 100 x100 cm, 2008

—Muy bien, respondió sonriendo.

Intentamos salir del jardín, pero sin éxito. El personal de vigilancia indicó —en español— que no era posible porque ya había mucha gente esperando.

—De acuerdo... aquí nos quedamos... Además es hermoso este jardín, ¿no cree usted?—me pregunta.

“Así es, don Carlos. Y ya que nos quedamos atrapados, le pido armar unos lipogramas...”

—¿Perdón?— respondió sorprendido

“Lipogramas”, le reviro.

—Vamos a ver qué sale, dice mientras sonrío abiertamente... ¿Empezamos?...A ver... ... a ver... ya está.

— Juan Goytisolo apuntó ‘rostros surgidos nadie sabía de donde en el espacio de una mañana: fantasmas venidos de extramuros, tal vez del paredón junto al que cayeron acribillados...’, dice con voz pausada invitando a comenzar.

Me apuro a preparar la respuesta. Instantes después anoto en una de las miles de hojas sueltas que suelo cargar conmigo: “El siempre sublime trono de Bonnefont, vínculo tenue de peregrinos rostros que de noche huyen de legítimos bienes y multitud de dineros. Perfectísimo sitio; rico y poderoso cielo y suelo rinden tributo siempre de quien mozo cortés o supremo Rey deseoso de contribuir con sumisión se doliese del desconsuelo de Perneb.”

—Muy bien... hay que trabajarlo, pero está bien...

“¿Si el mar no se mueve, nos ahogamos todos?”- de inmediato interrogo.

—No existen ejemplos, testimonios. Y si existen, ninguno lo tiene enfrente de usted. Precioso e insustituible el perpetuo esplendor terrestre. Usted me perdona, en eso creo.

“¿Si el sol naciente y la noche moribunda no hablan por mí, no tendré historia?”

—“A ver... veamos... Atónito admiro a alguien avispa-do. Arrojado o aparecido. Adorado arcángel ... acaudalada aspiración. ¿Administrador, alquimista, adjunto, alcalde? ¿Arrojadlo al averno ancestral!” responde el paisano Fuentes sin que se incomode por el asedio fotográfico egipcio.

—Muy bien, listo, comenta al recoger un membrillo del suelo. Se sabe poseedor de un fuero especial.

“Si su condición no le viene de siempre, ¿qué cortocircuito brusco lo rompió?”—Lanzo como pregunta inicial.

—De muy joven, sin poseer permiso, crece ingenioso libelo sin freno. Fruto del intelecto en mi domicilio. Con solo un objetivo en el mundo: poner en texto sucesos conmovedores de un individuo que se cree uno en un millón, responde.

¿Qué jerez celeste resuelve vehemente sed hereje?—pregunto de inmediato.

—Difícil decírselo. Depende de detalles. Disertar determinados dominios demanda deludir. Debe discurso denegar delectación al demonche. Denunciar, denotar delitos, delincuentes. Desagarrar demonios. Deliberar. Dejar delectación, dejadez. ... Despertad.

“Último detalle, don Carlos: por intrépido frenesí omití que el texto existe como repertorio de un insólito suceso oculto. Solo sutil detective descubre trucos mentirosos. Enfrente de usted descubro el embuste que como precioso signo logró convertirse en monumento retórico, cuento de ficción. ¿Curioso, no?”

—¿Impostor, impuro, inaceptable, inadmisible, impropio, ignominioso, ilegal, ilícito, inconcebible... intolerable... !

—¿Cómo cotejar cátedra, cuento, curiosidad, composición?

—Colaboradores, críticos con carácter comentarla, consultarla con coraje.

—Confrontación, colega. Complejo contexto y críticas cáusticas comienzan. Comprenderá críticas, conceptos consuetudinarios cuando confrontamos contagio. ¡Contribulado cuentista curioso!

Apunto en mi hoja la respuesta:

Celeste jefe, respéteme. Este pelele efervescente espeta: celébrese el envejecer. Dejen de temer. El brete es creer, tejer, entrever el vergel.

Risas estridentes mientras los colegas egipcios guardan silencio al esbozar sonrisas.

—Sentencia: ¡sangre en sendero sobre sienes sumergida!— responde don Carlos al brindarme un abrazo.

Cuando me imaginé que se despedía para ir a la conferencia, le comento que ha sido muy agradable su disposición para conversar.

Me comenta:

“De noche, el mar y el cielo son uno solo y hasta la tierra se confunde con la oscuridad que lo envuelve todo. No hay resquicios. No hay cortes. La noche es la mejor representación de la infinitud del universo. Nos hace creer que nada tiene principio y nada fin. Sobre todo si (como sucede esta noche) no hay estrellas”.

Se despide, sin dejar de pedirme que lo vea al final de la conferencia. Ya tiene mi nombre y lo proporcionará al personal del *Met*.

Me apresuro a ocupar mi asiento, el lugar está repleto.

JORGE RAMÓN ZARCO LAVEAGA. Profesor-investigador titular adscrito al Departamento de Relaciones Sociales de la Unidad Xochimilco de la UAM. Correo electrónico: jrzarco@correo.xoc.uam.mx